

LA COMARCA

Edición extraordinaria

Año I.

Orihuela, Jueves 9 de Abril de 1903.

Núm. 71.



NUESTRO PADRE JESÚS, PATRÓN DE ORIHUELA.

A nuestros lectores

Al dedicar este número de LA COMARCA á la Semana Santa, hemos querido que figure en primer lugar el fotograbado de esa hermosísima imagen del Jesús agobiado bajo el peso del madero santo, y á la que el pueblo de Orihuela, desde tiempo inmemorial rinde el más ardiente homenaje de su ferviente adoración.

Nuestro Padre Jesús Nazareno es una de las obras mejor acabadas de arte religioso que en Orihuela poseemos, siendo estas tantas y de tan buenos artistas como Zalzilla, Baglieto, etc.

De ahí esa piadosa creencia que nos transmitieron nuestros abuelos de que la imagen, apenas concluída, habló á su autor diciéndole: *¿Dónde me miraste que tan bien me retrataste?*

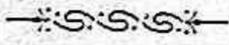
Si la fantasía ó la fe de nuestros

antepasados creyó firmemente en la verosimilitud de este hecho, no es menos cierto que cuando un oriolano de hoy contempla aquella reproducción del hombre que padece, aquel rostro en que se halla tan fielmente retratada la angustia que debió sentir el Hijo de Dios en las postrimerías de su martirio, después de una interminable noche de sufrir, aquellos ojos compasivos que miran al pueblo deicida, cree firmemente que le mira á él, que

le habla, infundiendo en su corazón religioso temor y avivando en su alma ese sentimiento de ternura y devoción que nunca ha de extinguirse en las generaciones venideras de nuestro pueblo.

Nosotros que nos gloriamos de haber nacido en esta hermosa ciudad para la que Él hizo tan delicioso nido de flores dentro de un cinturón de oro y puso en su ambiente embriagadoras esencias, nosotros, que somos oriolanos, no hemos querido que el presente número salga á luz, sin que en primer término figure el retrato de Nuestro Padre, al que Orihuela acude en sus calamidades y tribulaciones.

LA REDACCIÓN.



La muerte de Jesús

¿Cuál fué la causa patológica de la muerte de Jesús?

Acaso no se haya escrito nada que tenga relación con el etiológico é interesante asunto que enuncia el anterior postulado.

Quizás discurriendo sobre las relaciones de causa á efecto comprendidas en el conocimiento de las lesiones causadas y la muerte del Crucificado, pudiera hacerse alguna luz en cuestión tan confusa y obscura.

Por la versión de los evangelistas, Jesús fué abofeteado, golpeado en el rostro y la cabeza, azotado, coronado de espinas y clavado en una cruz.

De tan diversas violentas acciones, resultaron lesiones innumerables de más ó menos importancia, siendo entre ellas las de mayor consideración las correspondientes á la coronación, que puncionaron en distintas direcciones y extensión todas las partes blandas craneanas; las producidas por el azotamiento, que contundieron, puncionaron y rasgaron profundamente los tejidos de la espalda; y las originadas por el enclavamiento, que taladraron los pies y las

manos, constituyendo las soluciones de continuidad más importantes.

Todas estas lesiones no interesaron más que las partes blandas, pues escrito estaba y San Juan lo recuerda, que no se heriría ningún hueso del que había de sufrir la crucifixión por redimir al mundo.

Ahora bien; si á primera vista se comprende que ninguna de las lesiones mencionadas eran causa bastante á producir aisladamente la muerte de Jesús, ¿pudo producirse ésta por el gran traumatismo resultante de la suma de todas ellas?

Es de creer que no, y justifica esta opinión, el carácter, forma, extensión y topografía de las lesiones, muy distantes á estar constituidas por grandes destrozos de tejidos y herida de importantes órganos; y aunque á los resultados de la acción traumática, causa eficiente sin duda de la privación de la vida, se agregaran su situación ayuna desde la noche anterior, el dislaceramiento de sus heridas de pies y manos ocasionado por la tracción ejercida por el peso de su cuerpo, y la horrible y continua tortura psíquica padecida por los dolorosos actos de su pasión, de indudables efectos hipostenizantes, no serían bastante á explicar la muerte en las tres horas que permaneció en la cruz.

Su lucidez intelectual y la fortaleza de su espíritu hasta los últimos momentos, alejan toda idea de la producción del *shok* traumático, así como de la aparición de cualquiera otra clase de accidentes que, como los hemorrágicos, no pudieron ser de importancia por la clase de heridas y la falta de lesión de gruesos y medianos vasos y que, como la fiebre, delirio, etc., no tuvieron tiempo para desarrollarse originando cualquiera complicación.

Si de estas apreciaciones hechas á vuela pluma por los apremios del tiempo y del espacio, no se deducen causas suficientes para explicar físicamente la muerte de Jesús, preciso es admitir la interven-

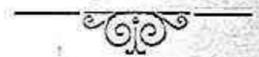
ción en la misma, como causa coeficiente, de un nuevo elemento ignoto y misterioso, un algo desconocido, inmaterial, que, como hipótesis de una teoría engendrada por la fe, complete y acabe la acción etiológica material y ahorre mayores padecimientos innecesarios desde el punto en que Jesús exclama: «Todo está cumplido»; porque, en efecto, si realizado estaba lo anunciado por los profetas, ¿á qué proseguir los crueles padecimientos del Redentor del mundo? ¿No era ya llegado el momento de apartar el Padre el amargo cáliz de los cárdenos labios de su Hijo?

San Lucas corrobora además esta idea, cuando dice que lanzando una gran voz expiró, hecho singularísimo que, confirmando la creencia final deducida, hizo exclamar al gran Bossuet: «El que esa voz profiere, el que exhala tan potente clamor y expira, no puede ser otro que el Hombre-Dios.»

JUSTO LAFUENTE.



María al pie de la Cruz.



De la Redención en pos,
Clavado en cruz afrentosa,
Vierte su sangre preciosa
Jesús el Hijo de Dios.

De chusma soez rodeado
En vano se queja al cielo,
Nadie le presta consuelo,
Y muere abyecto y mofado.

Todos cuantos le siguieron
Cuando el pan multiplicaba
Y muertos resucitaba,
Al verle en la cruz... huyeron.

Del hombre en la amistad,
¡Cuán horrible es la inconstancia!
mucho amigo en la abundancia;
En la desgracia... horfandad.

No obstante, por más prolijo
Y cruel que sea el padecer,
Existe en la tierra un ser
Que nunca abandona á su Hijo.

No importa, pues, que Jesús
Se queje de que su Padre
Le abandone: tiene Madre,
Y allí está al pie de la Cruz.

Ni el amigo, ni aun el padre
Podrán ciertas amarguras
soportar; á esas torturas
Sólo hace frente una madre.

Lo que, en la pena mayor
Y más terrible desgracia,
Tiene más grande eficacia,
Y es más fuerte su valor.

Bien puede hacinar el cielo
Sus penas sobre Jesús;
Su Madre, al pie de la cruz,
A todas brinda consuelo.

Que en la mayor desventura,
El corazón maternal
Nunca agota el manantial
De su consuelo y ternura.

En vano intenta Jesús,
Con los compasivos séres,
Y las compasivas mujeres,
Apartarlas de la cruz.

Inútil importunar:
Aunque su pecho taladre,
«Sabed, dice, que soy madre,
Y sé mi puesto ocupar.»

Dirigiéndose á su Hijo
Aquella alma atribulada,
Con su expresiva mirada,
Así en secreto la dijo.

«Si el designio de tu Padre
Es que mueras por el hombre,
No hay para qué te asombre
Que sufra también tu Madre.

»Desde tu cuna hasta ahora,
»¿No compartí tu dolor?
»Seas tú, pues, el Redentor,
»Y yo la Corredentora.»

«Sí, Madre; pues presiento
que mi vida ha terminado,
»voy á otorgarte un legado
»En mi nuevo testamento.

»Todos cumplidos están
»Los decretos de mi Padre.
»Juan, mi Madre es tu Madre.
»Tu Hijo, Madre, será Juan.

»De modo, Madre querida
»Que, con tu amparo, yo infiero,
»Que al hombre, por quien yo muero
»Será más grata la vida.»

«Sí, Hijo: y pues es mi anhelo
»La humana felicidad,
»Desde ahora la Humanidad
»Tendrá una madre en el cielo.»

GENARO CANDELA.

POLÍTICA DE CRISTO

El Divino Maestro Jesús no hizo política, es decir, no adoptó ni propagó ningún régimen de gobierno determinado para los pueblos, ni enseñó la ciencia ni el arte de gobernarse los Estados.

En este aspecto político respetó la sociedad constituida y dejó el mundo entregado á las disputas de los hombres.

Encaminada su redentora misión al negocio de salvar las almas, cuidó reiteradamente de hacerlo comprender así al pueblo judío, en cuyo seno, cumpliéndose las profecías, había realizado su providencial venida, no como rey guerrero y conquistador según le ansiaban los hebreos, sino como manso cordero que con su pureza y humildad vino á borrar los pecados de los hombres.

Declaró que no venía á derogar la ley, sino á cumplirla, y como se refería á la ley divina no tenía para qué criticar ni combatir á las autoridades constituidas que se regían por una ley civil y humana.

Empujado por los escribas á presentarse como sedicioso, su espíritu sereno les contesta que hay que dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. Y en otra ocasión comprometida dice: «mi reino no es de este mundo».

De donde se infiere que Jesús no quiso transformar la sociedad política, ni organizar el Estado bajo uno ú otro sistema de gobierno. Sus doctrinas son para todas las gentes; así es, que su apóstol dice: «ya no hay griegos, ni judíos, ya no hay gentiles; todos son ó deben ser unos en Cristo». La enseñanza

va directamente al individuo, para transformar su espíritu, sacarle del envilecimiento y del pecado, hacerle perfecto.

Pero si Jesús no enseñó ni recomendó los principios políticos por los cuales debían regirse las naciones, mandando en cambio á sus apóstoles que llevasen su divina palabra lo mismo á las Repúblicas democráticas de la Grecia que á las Monarquías absolutas del Asia, hay que reconocer que su corazón mostró predilección por determinadas clases sociales.

A los saduceos, fariseos y escribas, clase sacerdotal, engreida y soberbia, árbitra del poder y de las riquezas, les zahiere constantemente, ya diciéndoles que se fijan en la letra que mata y olvidan el espíritu que vivifica; ya llamándoles raza de víboras, ya arrojándoles del templo á latigazos. A los ricos que rehusan abandonar los bienes para adquirir la perfección, les conmina con la casi imposibilidad de redimirse y salvarse.

En cambio para los pobres y humildes son todos sus amores, todas las ternuras de su divino corazón. Elige sus Apóstoles entre la clase baja del pueblo, y de humildes pescadores hace los auxiliares y fundadores de su indefectible obra. La plebe indocumentada le acompaña y rodea constantemente, y recibe las primicias de sus incomparables enseñanzas. Muéstrase indulgente con la adúltera y la meretriz. Llama á sí á los niños. Y cuando no acampa á la intemperie busca su hospedaje casi siempre en casa de desvalidos.

Por eso entiendo yo que si Jesús, el Salvador de la humanidad, se hubiese mostrado como político, por su amor al pueblo hubiera sido demócrata, como humanamente lo fué en todas las determinaciones de su vida transitoria, y dentro de la democracia, que es y significa el gobierno del pueblo por el pueblo mismo, hubiese preferido su forma de gobierno natural, que es la República.

GARCÍA GUILLÉN.

Llena de penas
y luto el alma,
falto de calma
su corazón...
oh! cuántos hombres
árbol sagrado,
en tí han hallado
su salvación!

Del Gólgota en las cumbres el Dios omnipotente
por redimir tan sólo la esclava humanidad,
en tí expiró, y la tierra desde el ocaso á Oriente,
cubrióse avergonzada de negra obscuridad.
Nublóse el firmamento, temblaron las estrellas,
del sol resplandeciente la luz desapareció;
secáronse las fuentes, y, flores antes bellas,
marchitas en sus tallos el huracán rompió.

Sus mismos hijos
le despreciaron
y le enclavaron
en una Cruz;
árbol bendito
que el pecho inflama
y en él derrama
divina luz...

Bella fuente de do brotan,
cual purísimos raudales,
las virtudes celestiales
Fe, Esperanza y Caridad.
Puerto seguro que el hombre
busca afanoso en la vida;
pura mansión donde anida
la eterna felicidad.

Si el hombre osado el resplandor divino
que derramas, ¡oh Cruz!, ciego no ve,
en espantosa obscuridad, sin tino
un abismo de horrores su fin fué.

Jamás halla en el mundo la apetecida calma;
jamás late en su pecho tranquilo el corazón,
y labra eternamente la esclavitud del alma,
pues fuera de tí, ¡nunca! ¡jamás hay salvación!

R. GEA.



El Jueves y Viernes Santo en España



Sin duda alguna que con razón puede gloriarse España de haber sido de los primeros pueblos del mundo que abrazaron el cristianismo, y en el que más veneración y culto se le ha dado sin interrupción desde los primeros años de la Iglesia; por eso la Semana Santa, este lúgubre aniversario de la gloriosa tragedia del Calvario, fué siempre y es hoy, entre todas las

festividades religiosas, la más solemne de nuestra Patria.

Si la magnífica iglesia de San Pedro en la antigua señora del mundo, en Roma, la ciudad eterna cabeza de la cristiandad, celebra las festividades de Jueves y Viernes Santo con severa suntuosidad y gran ostentación, nuestras catedrales de Sevilla y Toledo la igualan si no la exceden, pues además de la solemne pompa con que realizan las prácticas litúrgicas, presentan á la admiración de propios y extraños sus colosales y ricos

monumentos y sus magníficas procesiones, que han gozado siempre de fama universal.

En Madrid, estos dos días de la Semana Santa no revisten menos suntuosidad que en Toledo y Sevilla, sobre todo en el alcázar de nuestros reyes y en las iglesias de las Ordenes militares.

Los templos de la corte rivalizan en presentar hermosos monumentos. verdaderas obras de arte en las que se ven hermanados la severidad más elegante con el más refinado buen gusto, revistiendo los santos oficios de Jueves y Viernes extraordinaria solemnidad.

Es vulgar creencia de que la festividad de Jueves Santo representa la Pasión de Jesucristo, cuando en rigor aquella festividad es la conmemoración por la Iglesia de la institución del Sacramento de la Eucaristía; por esto los ornamentos son blancos y la Epístola de la misa la de San Pablo á los corintios sobre los *agapes* ó convites fraternales de los primeros cristianos. El Evangelio es el de San Juan en su capítulo XIII, donde refiere cómo el Señor lavó los pies á sus discípulos después de la cena, en cuya conmemoración se verifica la ceremonia llamada del *Mandato*, ó sea el piadoso y humilde acto de lavar los pies á doce pobres, practicado en las catedrales por los prelados y en la corte de España por el rey asistido del Procapellán mayor y de la alta servidumbre palatina, en el salón de columnas de la real morada y á presencia del cuerpo diplomático y de un reducido número de invitados, sirviéndoles después por su regia mano una gran comida á los doce pobres, la que estos retiran en grandes cestos y venden luego, fuera de palacio, á elevados precios. Las reinas suelen hacer lo propio con igual número de mujeres ancianas.

La adoración de la Cruz en el templo de Jerusalem es el recuerdo que evoca á la cristiandad la liturgia de Viernes Santo, siendo esto el rito principal del día, para lo cual en muchos pueblos de Es-

pañá se coloca en las iglesias y en el suelo de una de sus capillas más retiradas un crucifijo, ante el que se prosternan los fieles con piadoso fervor.

También en la capilla real de Madrid se expone en el presbiterio un magnífico *Lignum Crucis*, en el cual adoran nuestros católicos monarcas la Cruz del Redentor, y ejerciendo en el momento de la adoración la más hermosa de las regias prerrogativas, conceden indulto á algunos reos condenados á pena capital por la justicia humana, pronunciando la hermosa frase de «yo os perdono para que Dios me perdone»; y arrancando de los voluminosos sumarios que se le presentan en valiosas bandejas de plata las cintas negras, símbolo de la muerte, con que van ligados, para sustituirlas con otras blancas, mensajeras de la vida.

La procesión de Sevilla en este día es lucidísima, tanto por las preciosas imágenes de los famosos escultores Ramos y Montañés, como por la profusión de cofradías, entre las que en otros tiempos llamaba la atención la de los disciplinantes, denominada de la *Sangre*, porque sus cofrades salían en las procesiones de Semana Santa desnudos de medio cuerpo arriba, cubierta la cabeza y la cara con un gorro muy alto y puntiagudo, y dándose terribles disciplinazos hasta hacerse brotar sangre de sus espaldas. Esta hermandad, que tuvo su origen en la capilla muzáarbe de Toledo en el siglo XIV, la encontramos en el XVI extendida por casi todas las poblaciones de España, hasta que en el XVII la piedad vino á degenerar en vanidad habiendo muchos que se disciplinaban más por moda que por penitencia, cruzándose apuestas entre los disciplinantes que más sufrían y degenerando en juego lo que en un principio fué hijo de la fe cristiana, por lo que en 1604 el cardenal arzobispo Niño de Guevara prohibió la asistencia de las mujeres á estos actos, prohibición que luego el Gobierno hizo extensiva á los hombres, con lo que las

congregaciones de disciplinantes fueron extinguiéndose hasta que desaparecieron completamente en su esencia para llegar hasta nosotros con el carácter que hoy tienen las cofradías de Nazarenos, sin más objeto que el de acompañar con luces á las imágenes en las procesiones de estos días de fúnebres ceremonias religiosas, sobresaliendo entre estas cofradías la del *Silencio*, en la famosa capital andaluza de que nos ocupamos, y cuyos *mudos* nazarenos de túnicas blancas obsequian con pródiga liberalidad á las damas de su amistad que presencian el paso de las procesiones con delicados y exquisitos dulces que acostumbran á llevar en canastillos ocultos bajo del brazo.

Indudablemente, las procesiones más originales de España son las que presenta la villa de Cabra, en la provincia de Córdoba. La cena de los Apóstoles, en la que Judas aparece vestido grotescamente; el sacrificio de Abraham, el descendimiento, en una palabra, todos los pasos se presentan hechos á lo vivo; viéndose confundidos á los profetas, vestidos con colchas y caretas, con los patriarcas, cuyas cabezas van coronadas con sendas diademas de latón, y á las sibilas con barbas y zapato blanco con los ancianos del Apocalipsis coronados de zarzas y espinos, siendo lo que más llama la atención de estas procesiones, en las que todos van enmascarados, la antigua cofradía llamada *Los judíos de Cabra*, y cuyos cofrades, que tienen que acreditar ser viejos cristianos sin mezcla de raza infiel, llevan la cara cubierta con una horrible careta que por detrás termina en larga trenza á cuyo extremo llevan un grandísimo lazo de cinta; cubren su cuerpo con una especie de valona y sus piernas con calzones encarnados hasta la pantorrilla, guarnecidos de blanco, color de las medias, excepto el Viernes Santo, que las llevan negras; de la cintura les penden multitud de pañuelos de ricos y vistosas telas y al lado izquierdo ciñen ancha daga, que

desnudan de vez en cuando para amenazar á sus enemigos; un gran rosario de gruesas cuentas en la mano, es el complemento de la original indumentaria de esta cofradía, cuya jefatura se transmite por herencia en una misma familia, siendo el símbolo de la autoridad del jefe de los judíos un silbato de bronce. Durante la Semana Santa los *judíos de Cabra* prenden á Jesús, llevándole en triunfo el jueves montado en una borrica adornada con cintas; espían á los evangelistas cuando escriben, quitándoles las plumas el Viernes para que no publiquen la doctrina de Cristo; no se arrodillan ni aun delante del Santísimo; permanecen siempre en pie con los brazos cruzados, y sólo salen de su éxtasis cuando suena el silbato, á cuyas señales van haciendo el oficio de judíos y representando los actos de aquellos en la sagrada Pasión y Muerte de Jesús. Es tal el entusiasmo de los hijos de Cabra porque no desaparezca nunca esta hermandad, que en los protocolos de las notarías de la villa se hallan no pocos testamentos con esta cláusula: *Item: dejo á mi hijo X un vestido completo de judío, y es mi voluntad que ocupe esta plaza en la cofradía á que pertenezco.*

También las catedrales de Tarragona, Valencia, Zaragoza y Santiago celebran la Semana Santa con gran esplendor y pompa, sobre todo la primera de las citadas, cuya silla arzobispal disputa la primacía á la silla toledana, y las procesiones de estos pueblos, así como las de otros muchos de España, gozan también de merecido renombre, y en ellas no dejan de observarse algunas curiosas costumbres que la falta de espacio no nos deja campo para describir.

ALFONSO DE AYARRA.

—S.S.S.—

Al Gobierno.

Silba.

Que suscriba me piden cortesmente los chicos de la prensa tan sólo unas cuartillas

en romance, soneto ó en quintillas
 pues el metro les es indiferente;
 y aunque no es muy corriente
 que maneje á diario
 de la rima el pesado diccionario,
 en una silba demostrarles quiero
 por qué al gobierno *maüser* yo prefiero
 Sube Silvela: *toos* los cambios bajan,
 el comercio prospera y se engrandece
 y ya nadie en España se empobrece.
 Hoy nos gobierna con sin par dulzura;
 es grande el bienestar que se respira;
 y nuestros males remediar procura
 de modo tan *suave*
 cual el trino del ave,
 como dijo un poeta, en la enramada,
 ó como el agua que al correr murmura
 así como escamada.
 De Pasión la semana atravesamos
 y *pasión* el gobierno nos envía
 sin pensar ni temer se arme algún día
 esa *gorda* que tanto deseamos.
 Salamanca, Valencia, L'arcelona,
 Madrid y hasta Pamplona
 gozaron del gobierno sus favores,
 y todas presenciaron
 la terrible agonía
 de los niños que allí se fusilaron
 con tanta cobardía;
 y á sus madres diran con voz de tigre
 ó de reptil inmundado
 ¡Que haya un cadáver más que importa
 (al mnddo!

Por Airadam

J. de M.

EGO SUM

Después que el Redentor del mundo hubo celebrado con sus apóstoles la última cena, en la que instituyó el Sacramento de la Eucaristía, fué acompañado por aquellos al huerto de las Olivas, en donde, después de haber atravesado el arroyo de Cebrón, oró en tanto que los discípulos dormían á no muy largo trecho de su Maestro.

A poco, sintióse interrumpida la melancólica calma de aquella perfumada noche de primavera por destempladas voces, de las que eran dueños multitud de desalmados que, en compañía del más grande traidor que ha tenido el Universo, marchaban regocijados en busca del Inocente, para descargar sobre El su rabia ferina.

Jesús, sintiéndoles llegar, les salió al encuentro, y ya muy cerca de sus terribles verdugos, díjoles:

—¿A quién buskais?
 —A Jesús Nazareno.

—¡Yo soy!

Y en el mismo momento de pronunciar esta lacónica respuesta, todos aquellos malvados dieron con su cuerpo en tierra, dominados por una fuerza superior é irresistible que les hubiera hecho reconocer que el Nazareno no era simplemente el hijo del hombre, sino que era el Hijo de Dios, si los cerebros de aquellos bárbaros no se hallaran perturbados con el insano deseo de exterminar al que decía ser su rey.

Segunda vez interrogó el Divino Redentor:

—¿A quién buskais?

—A Jesús Nazareno.

—¡Ego sum! Aquí me teneis.
 ¿Qué quereis de mí?

Entonces, del mismo modo que la jauría azuzada por las voces de los monteros se arroja sobre el azorado corzo, al sellar el impío Judas con sus impuros labios la faz radiante de Jesús, se arrojaron sobre El todos aquellos sayones, maniatándole y llevándole á presencia de sus jueces.

¡Cuán admirable resulta al contemplador cristiano la mansedumbre y sumisión del Justo que, habiendo podido aniquilar á sus enemigos con una sola mirada, se presta por redimir á la humanidad á sucumbir en el más afrentoso de los patíbulos conocidos en aquella época: la Cruz; símbolo venerado de nuestra sacrosanta Religión.

JOSÉ M.^a GIMÉNEZ.

3 Abril 1903.

¡CRUCIFIXE, CRUCIFIXE EUM!

Crítico momento en que Pilatos presenta á Jesús coronado de espinas y vestido de púrpura, ante el pueblo de Judea, no hallando en Él delito por el cual pudiera condenarle á sufrir la afrentosa muerte reservada exclusivamente para aquellos que burlaban la ley.

Al mostrarle ante aquel pueblo, agitado como las olas de un mar tempestuoso, Pilatos exclama: «Ecce homo, le saco fuera para que sepais que no hallo en la vida de

este justo causa suficiente para hacerle padecer los tormentos del suplicio.»

Ante la inesperada debilidad de aquel juez, que no quiere sentenciar á un inocente, los pontífices, los ministros y el populacho gritan á coro con voz terrible: «Crucifícale, crucifícale.»

Pilatos vacila: de un lado el abrumador peso de su propia conciencia acusándole de una iniquidad, de una injusticia, la mayor que cometiera durante su larga vida judicial, sentenciando á un hombre que, aun cuando no fuera el Hijo de Dios, era un justo, un inocente; de otro, el temor de incurrir en el furor de la plebe amenazante; por una parte, lo sobrenatural, lo divino de aquel hombre impecable; por otra, la certeza de caer en la desgracia del César si no cumplía con la ley que torpemente invocaba aquella muchedumbre ciega de furor y sedienta de sangre. ¿Qué hacer? ¿Qué resolución adoptar?

Lucha terrible, pero breve, porque el pueblo, cada vez más impotente, amenazador é irresistible, continuaba gritando: ¡Crucifixe, crucifixe eum!

Una vez más venció el egoísmo al deber, y Jesucristo fué entregado, á aquellas malvadas turbas, consumándose en la divina persona del Redentor el crimen más grande que registra la historia.

JOSÉ ESCUDERO ZAPATA.

—JUDAS—

No conmovió su corazón de roca la maldición divina; la avaricia halló su alma a la traición propicia, y á su fin lo arrastró con ansia loca.

La voz de Dios, cuyo poder sofoca el bajo instinto de la vil codicia, no hirió su corazón, que ya acaricia aquel oro fatal que le provoca.

«Amigo,—dijo Cristo—¿con un beso me entregas á la muerte?...» Tembló Judas ante el aviso enamorado y tierno del divino Jesús; mas bajo el peso de tentaciones tantas y tan rudas, pensó en el oro... y se entregó al infierno.

MANUEL BAÑÓN.

Orihuela 7 Abril 1903

Redención.

Hace más de diecinueve siglos que sobre la cumbre de un áspero monte llamado Calvario, lugar enclavado en un apartado rincón de la Judea, murió ignominiosamente y en pleno día en afrentoso y vil patíbulo, el Autor soberano y artífice supremo de esta grandiosa y sublime máquina del Universo, compuesta con maravillosa y admirable armonía.

Aquél que se ofrece á su Eterno Padre en el madero santo de la cruz como víctima propiciatoria por las iniquidades y prevaricaciones de la humanidad, y muere entre dos ladrones, siendo objeto de irrisión y de burla, de oprobio y de baldón por parte de un populacho degradado, procaz y cobardemente ingrato, es el mismo que por amor al hombre á quien hizo á su imagen y semejanza, infundiéndole en su cuerpo de barro un alma nobilísima, inmortal y eterna, señaló curso al sol, á la luna y á las estrellas; el que dió á la madre tierra de que fuimos formados, fertilidad bastante para producir en abundancia variedad de frutos, plantas y flores: el que enriqueció la vasta y anchurosa inmensidad del Oceano con multitud de peces y perlas preciosas: el que pobló el aire con diversidad de pintadas aves, que en alegre é inimitable música que forman con sus trinos y gorjeos, saludan al Creador al despuntar por el horizonte la sonrosada Aurora: el que adornó de lirios los valles y prados y sembró de refulgentes luminarias la extensa bóveda del firmamento que llamamos cielo.

Este Dios, que como tal Dios no pudo padecer, porque es impasible, y muere en cuanto hombre por redimir á la mísera prole de Adán de la esclavitud del pecado y del demonio, es el mismo á quien sumisos y reverentes prestan obediencia y acatamiento los elementos todos de la Naturaleza, y cuyo nombre tres veces santo bendicen y alaban en el cielo los espíritus

angélicos, y en la tierra lo publican día y noche de Oriente á Occidente y desde el Septentrión al Mediodía, el relámpago con su lumbre y el trueno con su estampido.

La inocente víctima, que por la salud de todo el linaje humano se inmola en aras de la cruz, es todo un Dios que quiso redimirnos con el precio infinito de su preciosísima sangre.

Jesús con su muerte nos dió verdadera vida, y con la sangre que salió de su sacratísimo costado nos abrió de par en par las puertas del cielo, cerradas hasta entonces á la descendencia de Adán, por el pecado de desobediencia que cometieron nuestros primeros padres en el Paraíso seducidos por las falsas promesas de la serpiente maldita.

JOSÉ M. SARABIA.

¡STABAT MATER!

¡Pobre Madre!... Ella, había seguido al Hijo de su amor al lugar del cruento sacrificio.

Sí, le había visto marchar pálido y ensangrentado entre feroz soldadesca que se mofaba de su agonía y entre un pueblo que pedía constantemente su muerte, escarneciéndole y maltratándole.

Y Él... con una tranquilidad santa, miraba, miraba siempre al pueblo verdugo compadeciéndole, y en su frente desgarrada por punzantes espinas aún veía grabado su amor por el hombre.

En sus ojos aún brillaba aquella luz divina que subyugó á tantos pecadores, sus labios cárdenos parecían moverse aún dulcemente para enseñar la verdad y el bien...

La Madre enlaza por última vez sus brazos á las rodillas del mártir y la sangre de éste mézclase con las lágrimas de aquélla, formando bálsamo celestial que recibe la tierra como promesa de paz y redención.

También lloran las piadosas mujeres de Jerusalem, y María oye la voz del Hijo que dice:

«No lloréis por mí, sino por vosotros y por vuestros hijos, porque llegará tiempo en que se dirá: *«Dichosas las mujeres que no tienen hijos, y aquellas que no han amantado...»*

Y la gritería infernal de la multitud horrible é implacable ahoga la voz del Cordero, prorrumpiendo con más saña en burlas é insultos.

La dolorida Madre le sigue, le sigue siempre regando el fatal camino de lágrimas, lágrimas muy amargas...

Jesús llega al lugar del suplicio, se detiene el cortejo y los feroces soldados, ayudados por aquel populacho que siempre pide más sangre, despojan al Redentor de sus vestiduras, desgarran de nuevo sus carnes, le maltratan, le hieren y El... El, siempre dirigiendo su macilenta mirada, impregnada de tierno amor á sus verdugos... ¡perdonando!

¡Triste madre! ¡Amargura sin igual!... A sus oídos llegan los horribles golpes del martillo, y entre el velo de lágrimas que cubre sus ojos, ve al Hijo de sus entrañas estremecerse por el acerbo dolor, ve á sus verdugos que embriagados con su preciosísima sangre, no sienten compasión, el pueblo ruge más cada vez, el clamor se hace ensordecedor en el espacio, y aquellos insultos, aquella irrisión cruel del Inocente que va á morir, desgarran las entrañas de la dolorida Madre, y... entre tanta crueldad, entre tanto baldón, aún oye aquella dulcísima voz que le destroza el corazón, la voz del Mártir, que dice:

«Padre mio, perdónalos, pues no saben lo que hacen!»

Abrazada al afrentoso patíbulo ve, transida de dolor, á su Hijo, al dulce Jesús que, pendiente de él, llagado su cuerpo, destrozadas sus carnes, sufre un cruento martirio por el solo delito de haber traído la paz á los hombres, de haber traído la luz á la humanidad...

Y ella, ella sigue regando siempre aquel arbol de ignominia levantado á la vista de la maldita ciudad deicida, arbol de sangre regado con lágrimas de una Madre y que más tarde había de ser símbolo de bienandanza y de caridad.

Ruge la naturaleza, haciendo temblar la tierra, quiébranse las rocas con siniestro ruído, extiéndense las tinieblas por todas partes, ábrense los sepulcros dando paso á los muertos, el Hijo de Dios acaba de apurar la última gota de su amargo cáliz.

Huye el pueblo hacia Jerusalem, aterrorizado; como un eco llegan á todos los oídos las terribles palabras pronunciadas en el Gólgota por Longinos: *Verdaderamente éste era el Hijo de Dios* mezcladas con otra voz más terrible, más siniestra, que gritaba: *Pueblo de Jerusalem ¿qué has hecho?*

Allá en la cumbre del Calvario se ven solitarias tres cruces: de una pende el cuerpo del Redentor.

Un grupo permanece aún allí, que contempla silencioso y triste á una mujer que, abrazada al madero, permanece mirando, toda llorosa, el inerte cuerpo, arrobada por doloroso éxtasis.

Es la Madre, ¡la Madre, que aún permanece allí derramando las últimas lágrimas, apurando hasta las heces el amargo cáliz que también á ella le ofreció el mundo....

RAFAEL ROGEL RECH.

Orihuela 7-4-03.

REDENCIÓN

Envuelto del silencio entre la bruma
el mundo todo está;
el cielo cubre blanquecina espuma,
el ave cierra su flotante pluma
y surge el *más allí*.
El pecho apaga su ansiedad hirviente
y mata la pasión;
su carrera veloz deja el torrente,
enmudece la mar, calla la fuente
y vibra el corazón.
En la obscura mansión del pensamiento
se agitan sin cesar
imágenes que en rauda movimiento
velan del alma el mísero contento
y siembran el pesar.
Visiones tristes de la fe brotando,
un monte y una cruz,
un Ser que en ella muere perdonando
y una Madre á sus pies, loca llorando
al Hijo que dió á luz.
Horrible cuadro, doloroso emblema
de nuestra salvación;
del pecado sangrienta diadema,
tragedia humana cuyo santo lema
es este: *Redención*.

Suenan las tres; el cielo se obscurece
y mágico temblor
el orbe entero agita y estremece.
Las tres; el martir de la cruz perece
ya ha muerto el Salvador.

Pasan tres días; del velado cielo
la luz vuelve á brotar;
vuelve el pecho á sus ansias con anhelo
y el piélago á bramar.
Torna otra vez á murmurar la fuente,
el curso abandonado,
intrépido y audaz sigue el torrente,
el *más allí* se borra de la mente
é inúndale el pecado.

Malo es el hombre; ya de las orgías
se entrega á los encantos;
del Calvario olvidó las agonías...
¡qué lástima que no puedan los días
ser todos *Viernes santos!*

MANUEL RUZAFÁ.

Granada 27-3-903.

ACTUALIDAD

Al publicar nuestro extraordinario, creemos muy oportuno dar algunos detalles acerca de los autores, y fechas en que se hicieron, de las preciosas efigies de nuestra procesión del Viernes Santo.

I.—*El Divino Maestro bajo de un olivo, junto al pozo de Sichar*.—Esculturas de don Santiago Baglieto; concluidas en Murcia, año 1833.

II.—*La Cena*.—Esculturas de don José Pérez, en Valencia, 1851.

III.—*El Salvador del mundo lavando los pies al príncipe de los Apóstoles*.—Esculturas muy notables de don Francisco Zalzilla y Alcaráz, nacido en Murcia por el año 1707 y murió en 1781.

IV.—*La oración en el huerto de las Olivas*.—Esculturas de Baglieto.

V.—*El prendimiento*.—Hay dos creencias: una á favor de don Francisco Zalzilla, y otra de su padre don Nicolás, excepto los sayones, que son de autor desconocido.

VI.—*La negación de San Pedro*. Las estatuas de este paso son de autor desconocido y de antiquísima fecha.

VII.—*El Arrepentimiento*.—Efigie de gran mérito, obra de Zalzilla, reputada como una de las mejores producciones de este autor.

VIII.—*Jesús atado á la columna*. La imagen de Jesús es producción del valenciano don José Puchol, que vivió á fines del siglo VIII, y las estatuas de los verdugos, del citado Baglieto.

IX.—*El Ecce-Homo*.—Unos lo creen obra de Zalzilla y otros de su padre.

X.—*La caída*.—La venerable imagen de Jesús es de autor desconocido.—El Cirineo, verdugo y guerrero, son de don Felipe Farinós, de Valencia, en 1859.

XI.—*La Verónica*.—Efigie muy antigua, reformada por Baglieto.

XII.—*Jesús Nazareno*.—La venerada imagen que se conserva en la iglesia de San Francisco, objeto del entusiasmo y fervor de los

oriolanos, en el que tienen fundadas sus esperanzas y de quien reciben especial protección, es de autor desconocido.

Es la mejor efigie que existe en nuestros templos, y cuenta la piadosa tradición que, al terminar el autor tan magnífica obra, díjole Jesús: ¿Dónde me miraste que tan bien me retrataste?

XIII.—*La Dolorosa y San Juan Evangelista*.—Originales de Baglieto, año 1841.

XIV.—*La agonía*.—Obra notable de don Francisco Zalzilla Alcaráz.

XV.—*El Descendimiento*.—Esculturas del dicho valenciano, Farinós, en 1859.

Las anteriores notas están tomadas de escritos antiguos, y aunque hubiéramos querido ser más extensos en detalles, no hemos encontrado cosa alguna que pudiera darnos más pormenores.

Para el Santo Entierro.

El Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, en sesión celebrada el día 4 del actual, acordó por unanimidad nombrar Caballero Porta-estandarte en la procesión del Santo Entierro, al M. I. Sr. D. Pedro Soto Melgarejo, cuyo nombramiento ha sido acogido con general aplauso por todos los habitantes de esta ciudad, dadas las simpatías de que goza dicho señor entre sus vecinos, por las dotes de que está adornado, de acrisolada honradez é inagotable caridad.

Dicho Excmo. Ayuntamiento: en la referida sesión acordó nombrar pilares para la conducción de la sagrada imagen de Ntra. Sra. de la Soledad en dicha procesión, á los señores abogados y militares siguientes:

ABOGADOS

- D. Luis Maseres Muñoz
- » Pedro Pourtau Penne
- » José María Senén Llopis
- » José Calvet Mas.

CAPITANES

- D. Joaquín Villanueva
- » Tomás de la Torre
- » Juan Bueno
- » Aurelio García.